

LA «CAZA DEL PACO». LA EVOLUCIÓN DEL AFRICANISMO FRANQUISTA A TRAVÉS DE LAS EDICIONES DE *DIARIO DE UNA BANDERA*

THE EVOLUTION OF FRANCOIST AFRICANISM THROUGH THE EDITIONS OF *DIARIO DE UNA BANDERA*

Alfonso Iglesias Amorin*

Universidade de Santiago de Compostela-España

RESUMEN: *Diario de una bandera*, publicada en 1922, es la principal obra escrita por Francisco Franco, entonces comandante en el Protectorado español de Marruecos, y en ella relata las andanzas de la Primera Bandera de la Legión en 1921. La obra resulta interesante porque permite conocer diversos elementos del pensamiento del que luego sería dictador, en una fase anterior de su vida, y además una que marcó su carácter y su ideología.

Además del análisis detallado de la mentalidad de Franco que se desprende del libro, en este artículo hemos realizado una comparación pormenorizada de las cinco ediciones que tuvo (1922, 1939, 1956, 1976 y 1986). Cotejar todas las versiones, página por página, nos ha permitido encontrar algunas interesantes diferencias entre ellas, que demuestran que el propio dictador no escapó de la censura de su régimen, y que cosas que había escrito en la versión original resultaban incómodas años después.

PALABRAS CLAVE: Francisco Franco, Protectorado de Marruecos, Legión española, colonialismo, africanismo.

ABSTRACT: *Diario de una Bandera [Diary of a Flag]*, published in 1922, is the main work written by Francisco Franco, who was then a commander in the Spanish Protectorate of Morocco. It chronicles the military operations of the First Flag of the Spanish Legion in 1921. The book allows us a glimpse into several aspects of the future dictator's thoughts, in an earlier phase of his life, and also one that shaped his character and ideology.

In addition to the detailed analysis of Franco's mentality that emerges from the book, a detailed comparison has been made of its five editions (1922, 1939, 1956, 1976 and 1986). The checking of all versions, page by page, has enabled the identification of differences between them, which show that the dictator himself did not escape the censorship of his regime, and that some content in the original version was problematic for later editions.

KEYWORDS: Francisco Franco, Spanish protectorate of Morocco, Spanish Legion, colonialism, Africanism.

* **Correspondencia a / Corresponding author:** Alfonso Iglesias. Departamento de Historia, Facultad de Geografía e Historia. Universidade de Santiago de Compostela Praza da Universidade, 1, 15703. Santiago de Compostela, (A Coruña, España) – alfonso.iglesias@usc.es – <https://orcid.org/0000-0002-4579-767X>

Cómo citar / How to cite: Iglesias Amorin, Alfonso (2023). «La "caza del Paco". La evolución del africanismo franquista a través de las ediciones de *Diario de una Bandera*», *Historia Contemporánea*, 73, 1039-1072. (<https://doi.org/10.1387/hc.23129>).

Recibido: 15 octubre, 2021; aceptado: 27 abril, 2022.

ISSN 1130-2402 – eISSN 2340-0277 / © 2023 Historia Contemporánea (UPV/EHU)



Esta obra está bajo una Licencia
Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional

Introducción

La figura de Francisco Franco Bahamonde, el militar que durante casi cuarenta años rigió los destinos de España, no se puede entender sin tener en cuenta su larga trayectoria en Marruecos¹. Tanto su propia ideología, como la que luego caracterizó al régimen dictatorial que él mismo encabezó, derivaron en buena medida de las experiencias vividas en el Protectorado español en Marruecos².

Diario de una Bandera, publicada por el propio Franco en 1922³, es una obra fundamental para conocer muchas de las claves del pensamiento del autor. Vio la luz al año siguiente del peor desastre del Ejército español en Marruecos, cuando España todavía se encontraba bajo el régimen político de la Restauración, que estaba dando sus últimos coletazos. Pese a los años que separan esta publicación de la Guerra Civil, prefigura numerosos aspectos ideológicos que caracterizaron a los sublevados en dicho conflicto. Entre ellos destacan la conciencia de estar llevando a cabo una misión salvadora de la patria, la exaltación de los valores castrenses de disciplina y orden, la crítica generalizada de la clase política y su responsabilidad en los males de la patria o la consideración del ejército como principal defensor de los «verdaderos» valores nacionales.

La obra relata el desempeño de la Primera Bandera de la Legión, que el autor entonces mandaba en calidad de comandante, durante la guerra del Rif⁴. Pese a su escaso interés literario, posee un notable valor para los historiadores, no sólo por su contenido, sino también por ligeros cambios realizados en las sucesivas ediciones. En lo esencial, el libro mantuvo íntegro casi todo su texto, pero se realizaron pequeñas omisiones, muy re-

¹ Recientemente ha profundizado en el tema Macías, 2019. De entre las biografías sobre su figura podemos destacar Preston, 2004, o Moradiellos, 2018.

² Para un análisis ideológico del africanismo militarista *vid.* Balfour y La Porte, 2000 e Iglesias, 2016.

³ Franco, 1922.

⁴ En España se ha utilizado frecuentemente esta denominación para el conjunto de los conflictos militares que tuvieron lugar de manera casi ininterrumpida en Marruecos entre 1909 y 1927. Esta denominación se liga a la definición geográfica más amplia del «Rif», que englobaría toda la zona norte de Marruecos. No obstante, la región del Rif o la República del Rif tuvieron una extensión menor. Algunos autores, especialmente en el ámbito anglosajón, emplean el término «guerra del Rif» solo para referirse a las operaciones contra las tropas de Abdelkrim y su República del Rif entre 1921 y 1926.

presentativas, y se acompañó de diferentes introducciones, reveladoras de la lectura que en cada momento se quiso hacer de la obra.

Para la realización de este artículo se han utilizado las cinco ediciones existentes, datadas en 1922, 1939, 1956, 1976 y 1986. Todas ellas se han cotejado, página por página, en busca de diferencias, para poder hacer un análisis detallado de los cambios introducidos y tratar de entenderlos en su contexto. Esta labor se ha completado con un estudio introductorio que trata el valor que tiene el libro para entender la ideología del africanismo militarista en general y la de Franco en particular, así como la forma en la que su experiencia marroquí marcó al futuro dictador.

Franco y su bandera, el hombre y el grupo

La obra que centra nuestro análisis parte desde su título de una interesante dicotomía, la del individuo respecto a la colectividad. El autor fue Franco⁵, y como tal firmó su obra, pero no se trata de su diario sino del de su Bandera. Esto nos remite más a un diario de operaciones que a uno personal, pero el relato se mueve entre ambos con frecuencia. Aunque ahondaremos más en esta división, resulta importante introducir algunos elementos clave del individuo y del grupo al que nos referimos, para favorecer la contextualización.

Francisco Franco había llegado a Marruecos en diciembre de 1910, con solo 18 años. Al año siguiente ya se había presentado voluntario para ser oficial del recientemente formado cuerpo de Regulares, una unidad indígena con oficiales metropolitanos que tenía por objetivo fortalecer la presencia militar en la zona norte de Marruecos, reduciendo en lo posible las bajas de soldados peninsulares. En un escenario favorable, por los continuos combates con las kabilas del área de influencia española, tuvo lugar el meteórico ascenso de un Franco que en 1926 logró convertirse en el general más joven de Europa.

Como muchos otros militares de su tiempo, Franco parecía sentirse realmente cómodo en Marruecos, un territorio donde la autoridad cas-

⁵ Se ha especulado con que no fue Franco el autor real. Stanley Payne recogió los rumores de la época de que el verdadero autor pudo ser el periodista Julián Fernández Piñedo, alias «Juan Ferragut»: Payne, 1968, p. 400. También en Preston, 2004, p. 64. No obstante, estos rumores no han podido ser demostrados.

trense estaba menos atada por el poder civil⁶. Esta libertad fue un caldo de cultivo favorable para que un sector de ideas antidemocráticas y descontento con un sistema político que consideraban podrido se consolidase y difundiese su pensamiento. El escritor y periodista José María Carrascal, en su biografía del ferrolano, señaló que: «entre las muchas fotos que se conservan de Franco, solo sonrío en las de África. En el resto aparece serio, distante, incluso incómodo»⁷. El propio Franco afirmó al periodista Manuel Aznar en 1938: «Mis años en África vienen a mí con indudable fuerza. Allí nació la posibilidad de rescate de la España grande. Allí se fundó el ideal que hoy nos rinde. Sin África yo apenas puedo explicarme a mí mismo, ni me explico cumplidamente a mis compañeros de armas»⁸. Al margen de la enorme importancia en la figura del propio Franco, es evidente que en Marruecos se forjó un sólido sector del Ejército español, muy diferente a cualquiera de los que pudiesen tener una tranquila vida en la Península. Como afirmó Ortega y Gasset en *España invertebrada*: «Marruecos hizo del alma dispersa de nuestro ejército un puño cerrado, moralmente dispuesto al ataque»⁹. Sin ese puño cerrado resulta difícil entender la victoria de los sublevados en la Guerra Civil, y también la ideología y configuración política del Régimen dictatorial que la siguió.

Si Franco era el individuo, el colectivo era la Legión Española, también conocida con el nombre de Tercio de Extranjeros, con el que fue fundada en honor a los Tercios de Flandes. Se creó en 1920 casi como una aspiración personal del teniente coronel Millán Astray, que la concibió como una unidad de soldados voluntarios cuyo origen o antecedentes no importaban. Su proyecto fue aceptado por la conveniencia de contar con un cuerpo profesional de voluntarios no marroquíes, pues además de una unidad bien preparada, sus bajas no serían tan polémicas al estar sus miembros en primera línea de fuego por propia voluntad.

El Tercio de Extranjeros estuvo muy influido por la Legión Extranjera francesa, de la que Millán Astray era un gran admirador, y trató de rodearse del halo legendario que ésta poseía. Esa imagen había sido forjada en buena medida gracias a un tipo particular de literatura, exaltada y patriótica, que contribuyó a la difusión de mitos como el del valor ciego, el heroísmo sin igual, los gloriosos combates o la muerte como la mayor de las

⁶ Cardona Escanero, 2005, p. 129.

⁷ Carrascal, 2000, p. 55.

⁸ Preston, 2004, p. 44.

⁹ Ortega y Gasset, 1972 [1921], p. 75.

recompensas¹⁰. Esta línea, encabezada por una visión romántica de la guerra¹¹, se copió en buena medida en España. Así, el mito de la Legión, que nació en esta época pero que siguió muy vigente durante todo el período franquista, puede ser considerado como el fruto de una eficaz campaña de propaganda. Esta visión también se integró en la idealizada publicidad para atraer voluntarios. Aunque Millán Astray consideraba que la literatura era más eficaz a la hora de atraer a posibles reclutas que la simple propaganda, más fría y distante¹², ésta también se empleó con asiduidad.

Desde varios sectores, sobre todo de la izquierda política, se difundió una imagen de la Legión que incidía en sus características más oscuras, como su empleo indiscriminado de la violencia, sus tensiones internas o sus malas relaciones con otras unidades. Aunque resultaba más realista, no pudo competir con el atractivo cuadro de la lírica patriótica o los relatos idealizados de hazañas militares. Además, el clima de intenso odio al marroquí posterior a la trágica derrota de 1921, cuando la Legión se erigió como vengadora, sirvió en buena medida para justificar los desmanes que se iban conociendo.

El incipiente cine también fue un excelente escaparate para ensalzar las virtudes legionarias, y el propio Millán Astray favoreció el trabajo de los cámaras, llegando a colaborar muy de cerca, como sucedió en el documental *Los novios de la muerte* (Alejandro Pérez Lugín, 1922), para cuya filmación dio numerosas facilidades, y a cuyo estreno asistió personalmente¹³. En esta primera época de la Legión también destacan películas como *Por la Patria (memorias de un legionario)*, de Rafael Salvador; y *El héroe de la Legión*, de Rafael López Rienda, ambas de 1921.

A todo este imaginario y su amplia difusión habría que añadir una identidad propia y elitista que generó la Legión dentro del Ejército español, y que conllevaría una notable sensación de superioridad de sus miembros, que con frecuencia mirarían «por encima del hombro» a los de otros cuerpos. Por supuesto, esto generó un rechazo del Tercio de Extranjeros por parte de muchos otros soldados, que se difundiría sobre todo a través de crónicas, como las de Antonio Cerdón o Josep María Prous i Vila¹⁴.

¹⁰ Togores, 2003, p. 128.

¹¹ Esta línea, con raíces en el XIX, se combinó con los mitos de la experiencia de guerra surgidos con posterioridad a la Gran Guerra. Mosse, 1991.

¹² Togores, 2003, p. 158.

¹³ Martín Corrales, 1999, p. 16.

¹⁴ Cerdón, 1971; Prous, 2011 [1936].

El gran desastre y la «reconquista»

En 1921 tuvo lugar un acontecimiento decisivo en la historia de España, así como en la vida y la trayectoria de Franco. Entre julio y agosto, en el territorio de la Comandancia de Melilla, se produjo la mayor debacle jamás sufrida por un ejército colonial en África. El despliegue militar español en toda el área oriental de su protectorado en Marruecos se vino abajo como un castillo de naipes, a manos de un enemigo que, pese a su combatividad y a contar en su mayoría con armas relativamente modernas, no parecía sobre el papel lo suficientemente numeroso y bien equipado como para provocar semejante hundimiento de la línea española, compuesta por más de un centenar de posiciones¹⁵. En el episodio, que se conoce en su conjunto como desastre de Annual¹⁶, fallecieron cerca de 10.000 soldados españoles¹⁷, y su impacto en la metrópoli fue tal que se llevó por delante al régimen político de la Restauración, que había sobrevivido casi medio siglo.

Franco se encontraba en otra comandancia del protectorado español, la de Ceuta¹⁸, cuando se produjo el desastre de Annual. Pese a estar en medio de las operaciones que intentaban dominar la región de Yebala, su presencia fue requerida de urgencia en Melilla, y tuvo que embarcarse desde Ceuta con su Bandera de la Legión en el menor tiempo posible. *Diario de una Bandera* es precisamente el relato de las operaciones que desarrolló la Primera Bandera entre octubre de 1920 y abril de 1922 en ambas comandancias. Queda pues, fuera de la obra, la etapa en la que Franco lideró el Tercio, tras la muerte en combate el 5 de junio de 1923 del teniente coronel Rafael de Valenzuela, que había sustituido a Millán Astray tras su destitución por las Juntas de Defensa en noviembre de 1921.

¹⁵ En 1921 había en la Comandancia de Melilla 144 posiciones (*Expediente Picasso*, 2003 [1922], p. 297), muchos eran poco más que parapetos (los conocidos como blocaos) protegidos por guarniciones con frecuencia inferiores al centenar de hombres. Aunque a posteriori se habló a menudo de derrota prevista, autores como Pablo La Porte han explicado muy razonablemente por qué no lo fue. Vid La Porte, 2001, p. 63 y ss.

¹⁶ Aunque el desastre fue de todo el despliegue español, desde muy pronto se le denominó con el nombre de la principal posición. Annual no fue la primera en caer, y acogía alrededor de un cuarto de las tropas españolas de la Comandancia de Melilla, pero el impacto de su pérdida y la popularidad de su nombre entre la opinión pública española, hicieron que quedara para la posteridad para referirse al conjunto del desastre.

¹⁷ Sebastian Balfour (2002, p. 146) cifra entre 8.000 y 12.000 muertos, un intervalo en el que encajan los datos de la mayoría de historiadores.

¹⁸ Desde 1913 estaba dividido en tres comandancias: Ceuta, Melilla y Larache.

Después de que el avance de los rifeños liderados por Abdelkrim se viese frenado casi a las puertas de Melilla, la idea de la *reconquista* corrió como la pólvora en la España de entonces, aunque enfrentada al pensamiento abandonista cada vez más arraigado en una sociedad hastiada de sacrificios inútiles. La contraofensiva desde Melilla comenzó siete semanas después del Desastre, y el rápido avance fue convenientemente transmitido a la opinión pública como una espectacular serie de hazañas. En realidad, las grandes victorias destacaron por su ausencia y fueron numerosos los pactos, no especialmente honrosos, con las mismas cabilas que poco antes se habían rebelado¹⁹. La ocupación del zoco El Arbaa, el primer avance, se presentó como una gloriosa victoria, dando la razón a Indalecio Prieto, que desde Melilla y antes de saber lo que habían hecho los medios españoles, escribió: «Temo que la ocupación del zoco El Arbaa, de Arkeman, se haya presentado a España como una brillante página militar, como un éxito suficiente a producir los clamores del júbilo. Quien eso haya hecho, habrá engañado al país y habrá prestado un flaco servicio al Ejército»²⁰. Además, los testimonios que iban en otro sentido se topaban con problemas; según María Rosa de Madariaga: «un periodista que quiso telegrafiar, antes de la ocupación, que un camión blindado había ido y vuelto a Monte Arruit sin recibir ni un tiro, se encontró con que un censor se negó a transmitir la noticia, aduciendo que «oscurecía el brillo de la operación»»²¹. Por si fuera poco, estos primeros avances se vendieron falsamente como victorias sobre Abdelkrim. El propio Alto Comisario, Dámaso Berenguer, quería evitar que las tropas españolas, entonces con la moral muy baja y sin la preparación adecuada, se enfrentasen directamente a los Beni-Urriaguel, la cabila de Abdelkrim. Pero, aunque los mandos sabían que en la zona de Guelaya (la más próxima a Melilla) no estaban los hombres de Abdelkrim, no hicieron nada para evitar que se transmitiesen las victorias como si hubiesen sido contra ellos.

En definitiva, en estos avances cuyo mérito ha generado diversas controversias, se circunscribe buena parte de lo relatado en *Diario de una bandera*, una obra que forma parte de un amplio conjunto de relatos, tanto periodísticos como literarios, que se esforzaron por ensalzar al máximo cualquier episodio bélico, por limitado en beneficios y generoso en bajas propias que éste fuese.

¹⁹ Balfour, 2002, p. 173.

²⁰ Prieto, 2001 [1921], p. 55.

²¹ Madariaga, 2005, p. 304.

El diario del comandante Franco y su bandera

El desastre de Annual generó un ciclo literario inspirado en los dramáticos sucesos que habían tenido lugar en el Protectorado, muy demandados por un público interesado como nunca en conocer más y más detalles de aquella hecatombe sufrida por su ejército. Además, la oferta fue amplia por la multitud de testigos, ya fueran militares, escritores, periodistas u otros individuos que estuvieron en el Protectorado. Tampoco faltaron los presuntos testigos que en realidad jamás habían pisado Marruecos, pero que no perdieron la oportunidad de aprovechar un filón que duró varios años.

En este ciclo, compuesto fundamentalmente por diarios, ensayos o novelas de baja calidad literaria que explotaban una y otra vez los mismos estereotipos, la Legión tuvo un papel central, pues estaba en auge el interés por esta recién nacida sección del Ejército. En palabras de López Barranco, se convirtió en un tema central «quizá porque estos soldados podían reflejar la quintaesencia de la aventura heroica moderna, el contrapunto de romanticismo necesario para evocar una guerra tan prosaica como aquélla»²². En estos años son numerosas las obras ambientadas en la guerra del Rif con una perspectiva amplia de la realidad marroquí, que van más allá de la simple exaltación de los valores castrenses y del heroísmo o la gloria de la guerra. Sin embargo, esto apenas se aplica a las novelas centradas en la Legión, en las que la épica militar se lleva prácticamente todo el protagonismo, dejando poco peso a temas como el sufrimiento de los soldados, la crueldad y el sinsentido de la guerra, las tensiones sociales o la corrupción e incompetencia en el ejército. Si acaso, la exaltación de las glorias militares se complementa con elementos como la brutalidad de la Legión, justificada en la venganza contra los *moros*, o la mitificación de la muerte, algo muy en consonancia con los ideales de la propia Legión pero no compartido por todas las obras.

Algunos de los títulos más destacados entre las producciones literarias sobre la Legión escritas con posterioridad al desastre son *Memorias del Legionario Juan Ferragut* (Julián Fernández Piñeiro, 1921), *El camillero de la Legión* (Carlos Micó España, 1922), *Tras el Aguila del César: Elegía del Tercio* (Luys Santa Marina, 1924), *El héroe de la Legión* (López Rienda, 1925), *Juan León Legionario* (López Rienda, 1927), *Los del Ter-*

²² López Barranco, 2006, p. 95.

cio en Tánger (Francisco Triviño, 1926), *La Bandera* (Pierre Mac Orlan, 1931) o *Los que fuimos al Tercio* (José Asenjo Alonso, 1932). *Diario de una bandera* formaría parte de este grupo, aunque más por la trascendencia posterior de su autor que por sus escasos méritos literarios o la limitada difusión y repercusión que tuvo en su momento.

Diario de una bandera se publicó originalmente en Madrid en 1922 por la editorial Pueyo. Aunque la edición no había tenido una tirada muy numerosa, se agotó bastante rápido, a lo que contribuyó el que el propio Franco regalase numerosos ejemplares a familiares y conocidos²³. La obra, como ya hemos apuntado, es un resumen del avance y las operaciones llevadas a cabo por la Primera Bandera de la Legión, inicialmente en la Comandancia de Ceuta, donde sus miembros tuvieron conocimiento del Desastre de Annual; y luego en la de Melilla, donde tomaron parte en la recuperación de parte de los territorios perdidos en la debacle del Ejército español.

Un detalle fundamental, patente en toda la obra desde su título, es que el diario no sea del testigo, que sería Franco, sino de su grupo, «la Bandera». Con ello rompe una tendencia seguida en España por muchos autores y comenzada por Pedro Antonio de Alarcón²⁴, que situaba al escritor en el centro del relato, participando de los hechos y refiriéndose a su obra como algo propio, personal. Esto no supuso que Franco se quisiera ocultar o restarse méritos en un ejercicio de humildad, pues al fin y al cabo la obra fue una más de las frecuentes muestras de auto propaganda que caracterizaron al futuro dictador desde los años de su meteórico ascenso en Marruecos. No obstante, es revelador el protagonismo de «la Bandera», fácil de identificar con un concepto, el de la mayor importancia del grupo sobre los individuos, conectado de forma evidente con las ideas fascistas de sumisión del sujeto al Estado, que aún no habían cristalizado políticamente, pero que entonces estaban comenzando a cobrar peso²⁵.

²³ Viscarri, 2004, p. 75. El autor señala el dato sin ofrecer cifras concretas de la tirada, que no podemos precisar.

²⁴ Alarcón, 1974 [1860].

²⁵ Son numerosos los elementos relacionables con el fascismo que caracterizan a la Legión desde su misma fundación, aunque en principio no hubiese una vinculación con esta tendencia política. Algunos de los más destacados eran: culto a la muerte, mística de la violencia, voluntarismo irracionalista, desprecio por la democracia, nacionalismo a ultranza, fanatismo, afición a los símbolos, liturgia y actos teatrales: Madariaga, 2002, p. 46.

En el breve prólogo del libro, firmado por Millán Astray, quien reclutó a Franco para el Tercio, vemos precisamente una alusión al presunto ejercicio de modestia y humildad que el autor estaría haciendo al no relatar en primera persona. Pero esa referencia está envuelta en un tono tan panegirista, que paradójicamente ayuda a que los lectores tengan bien claro desde el primer momento quien es el héroe de la obra:

El Comandante Franco es conocido de España y del mundo entero por sus propios méritos y las características que ha de reunir todo buen militar, que son: valor, inteligencia, espíritu militar, entusiasmo, amor al trabajo, espíritu de sacrificio y vida virtuosa, los reúne por completo el Comandante Franco. Pasad a leer su libro y aunque él con sentida molestia no se nombre así mismo (sic), ni hace del libro coro de interesadas alabanzas de sus compañeros, de la lectura iréis obteniendo quién es Franco y quiénes son los legionarios y los Oficiales de la Legión.²⁶

La obra ha llamado bastante la atención de los historiadores por ser la primera de Franco y por prefigurar, aunque sea de modo sutil, muchos de los aspectos del que luego sería su credo político²⁷. Resulta evidente su adoración hacia la disciplina y la organización castrenses, que cuando tuvo oportunidad trasladó en buena medida a la práctica política. Otro rasgo distintivo es su rechazo de los políticos, por su pasividad y despreocupación, así como su crítica a buena parte de la sociedad, que parecía no entender el valor de lo que estaban haciendo en Marruecos. El siguiente extracto es un excelente ejemplo de esta sensación de incompreensión:

En nuestra vida de Xauen nos llegan los ecos de España. El país vive apartado de la acción del Protectorado y se mira con indiferencia la actuación y sacrificio del Ejército y de esta oficialidad abnegada que un día y otro paga su tributo de sangre en los ardientes peñascales.

¡Cuanta insensibilidad! Así vemos disminuir poco a poco la interior satisfacción de una oficialidad que, en época no lejana, se disputaba los puestos de las unidades de choque²⁸.

²⁶ Prólogo de José Millán Astray en Franco, 1922, p. 7.

²⁷ Destaca el análisis de Viscarri, 2004, p. 70 y ss.

²⁸ Franco, 1976, p. 77. Cuando utilicemos las distintas ediciones del *Diario* señalaremos simplemente el año de las mismas, pues no creemos necesario incluir en cada una [1922] para marcar el año original.

Diario de una bandera es, por otro lado, una obra con un evidente tono propagandístico y de exaltación, cubierto por un envoltorio de romanticismo un tanto anacrónico, pero que resultó eficaz. Se aprovechó un momento en el que muchos veían en este cuerpo tan «mediático» el prototipo de los salvadores de la patria, que ésta necesitaba después del trágico desastre que había padecido. Así la obra podría perfectamente hacer las veces de folletín de reclutamiento en formato libro, convenciendo a posibles reclutas a través de la idealización del Tercio, que no sólo era mostrado como un modelo de patriotismo, sino incluso de conducta. A continuación, reproducimos un par de muestras de esta idealización de la vida legionaria en tierras marroquíes, que al mismo tiempo lo son también del caduco romanticismo del que Franco hizo gala en su obra:

Y entre el recuerdo de nuestra campaña anterior y la solicitud y afecto de nuestros compañeros, comienza nuestra alegre vida en Uad-Lau; mientras en el pequeño zoco del campamento, moros y legionarios fraternizan también bajo las pardas lonas de los lóbregos cafetines morunos²⁹.

Las riñas no existen y los que pretenden reñir son separados por sus compañeros y llevados a presencia del oficial que, entregándoles los guantes de boxeo, les permite que diriman sus querellas entre las bromas de los camaradas; desahogados los nervios y reconociendo su falta, acaban dándose la mano y, amigos, se separan³⁰.

Este peculiar discurso persigue transmitir una vida idílica, una sensación de paz y armonía forzosamente exagerada en unas condiciones tan duras como aquéllas, y precisamente en el seno del cuerpo que más problemas, trifulcas y desórdenes registraba. Numerosas obras comparten esta visión tan positiva, que resulta difícilmente creíble, mientras que la gran mayoría de los testimonios que no pertenecían a la unidad militar o a sus panegiristas ofrecen una perspectiva alejada de la alegre confraternización, las excelentes medidas higiénicas o las buenas conductas que parecen derivarse del relato de Franco³¹.

Un buen ejemplo es el conocido escritor Arturo Barea, autor de *La forja de un rebelde*, que coincidió con Franco en Marruecos, y que ofre-

²⁹ Franco, 1976, p. 52.

³⁰ Franco, 1976, p. 59.

³¹ Sobre la situación sanitaria del Ejército español en Marruecos *Vid.* Macías, 2021, p. 360 y ss.

ció una perspectiva totalmente distinta sobre el oficial, la férrea disciplina que ejercía sobre sus hombres y su frialdad a la hora de imponer castigos, de la que el siguiente extracto es revelador: «se le queda mirando a un fulano con los ojos muy grandes y muy serios y dice: «Que le peguen cuatro tiros». Y da media vuelta y se va tan tranquilo. Yo he visto a asesinos ponerse lívidos sólo porque Franco los ha mirado una vez de reojo»³². Muy similar resulta el siguiente episodio, frecuentemente referido en obras sobre Franco, y que recogemos con las palabras del historiador Dionisio Viscarri:

Uno de esos incidentes, que ha sido utilizado por algunos de sus detractores para proyectar la imagen de un Franco sanguinario, resultó en la controvertida ejecución de un legionario por insubordinación. Éste había rechazado el rancho del día, diciendo que no estaba en condiciones y harto de la monótona dieta a la que había estado sujeta la tropa. Encarado con un superior le tiró el plato de comida encima, rehusando por tercera vez la orden de consumir alimentos. Al ser informado del asunto, Franco ordenó que el soldado fuera llevado inmediatamente ante un pelotón. Cumplida la sentencia obligó a toda la tropa a desfilar ante el cadáver como advertencia³³.

Al margen de la exactitud de testimonios concretos como éstos, difíciles de corroborar y que podrían ser acusados de interesados, hay pocas dudas de que la disciplina en el Tercio era poco relajada, y oficiales como Franco eran tan respetados como temidos por su tropa. Antonio Córdón, en sus memorias, señalaba que Franco era considerado por sus propios hombres como frío, antipático, intransigente y cruel³⁴, reconociendo que Millán Astray era mucho más apreciado, a pesar de las críticas que vertía sobre él por otros motivos.

Entre las visiones negativas de la Legión que alcanzaron más repercusión destaca la publicada el 26 de noviembre de 1921 en el londinense *Times*, reproducida el 30 de noviembre de 1921 por *Heraldo de Madrid*. Se basaba en las declaraciones de los ingleses que habían abandonado el cuerpo, y que hablaban de vejámenes, malos tratos, castigos físicos, mala alimentación, nefasta sanidad o impagos: «Nosotros los ingleses no éra-

³² Barea, 1951, p. 250

³³ Viscarri, 2004, p. 109

³⁴ Córdón, 1971, p. 90.

mos peor tratados que los otros, sino acaso mejor, pero no estaba bien vivir de un modo tan poco confortable. Estábamos satisfechos de vernos fuera de aquello»³⁵.

Resulta evidente que Franco omitió en su relato problemas y aspectos negativos que le eran sobradamente conocidos. Únicamente podemos encontrar algunas referencias explícitas al abuso de la violencia contra la población marroquí (precisamente lo más velado en reediciones posteriores), que siempre se justificaba como algo normal, digno de elogio y que el enemigo merecía por su salvaje agresión. Nada incluyó Franco de los constantes problemas y trifulcas entre el Tercio y otras unidades del Ejército, de las quejas por las nefastas condiciones de vida, las deserciones e incluso automutilaciones para poder abandonar el frente; el consumo de drogas y alcohol, el juego y la prostitución³⁶; o las continuas violaciones de mujeres marroquíes. Hechos todos que forman parte indisoluble de la memoria sobre la Legión menos proclive a ella.

Respecto al tema de las violaciones, la Legión fue conocida en Marruecos (y poco a poco también en España) por las tropelías cometidas contra mujeres, especialmente las marroquíes en los lugares sobre los que se avanzaba³⁷. Sin embargo, las referencias de Franco a las mujeres y la Legión no pueden ser más bucólicas, como cuando justo después de haberse referido a «moritas jóvenes» escribió: «Los añosos olivos del bosque sagrado han sido muchas veces mudos testigos de la galantería legionaria»³⁸. Por más que se busque, no aparece en todo el diario una referencia más explícita al tema³⁹. Franco resaltó que las mujeres no eran en absoluto inocentes de la masacre perpetrada contra los españoles: «En el desastre, las mujeres fueron las más crueles, remataban a los heridos y les despojaban de sus ropas, pagando de este modo el bienestar que la civilización les trajo»⁴⁰. Con este tipo de argumentos podía haber intentado jus-

³⁵ «Los legionarios ingleses se quejan del mal trato en África», en *Heraldo de Madrid*, 30-XI-1921, p. 4.

³⁶ Para el ocio de los soldados *Vid.* Macías, 2019, p. 328 y ss; así como Macías, 2021, p. 351 y ss.

³⁷ Balfour, 2003, p. 98.

³⁸ Franco, 1976, p. 59.

³⁹ Susan Martín-Márquez ha señalado que esas alusiones eufemísticas contrastan con la «propaganda oficial que destacaba la sublimación de los legionarios de sus energías eróticas como un acto de sacrificio por la nación española», y analiza las referencias a la sexualidad en otras obras de la época. Martín-Márquez, 2011, p. 217.

⁴⁰ Franco, 1922, p. 228.

tificar las tropelías cometidas contra ellas, pues las merecerían como venganza, y además era un momento en que esto no hubiese generado mucha polémica entre la opinión pública, pero no dejaba de ser un atentado contra el decoro que Franco prefirió omitir. Además de la poca conveniencia de airear una costumbre perfectamente conocida por los oficiales, pero que éstos no se esforzaban demasiado por controlar, especialmente después del desastre⁴¹; Franco nunca fue explícito en temas sexuales, que solía evitar en las conversaciones, y ni siquiera parece que fuese mujeriego como era habitual entre la oficialidad destinada en Marruecos⁴².

Por otra parte, es fundamental la concepción de Franco de su ejército y la importancia para éste de las guerras en Marruecos, porque dicha concepción la intentó extrapolar a todo el Estado a partir de 1936. El entonces comandante consideraba que Marruecos y la lucha que allí se estaba desarrollando eran de una importancia capital, no por los acuerdos internacionales, por las relaciones comerciales o por el afán civilizador; sino por ser un lugar en el que las fuerzas vivas de la Patria, los militares, podían demostrar sus verdaderas virtudes. En sus propias palabras: «La campaña de África es la mejor escuela práctica, por no decir la única de nuestro Ejército, y en ella se contrastan valores y méritos positivos, y esta oficialidad de espíritu elevado que en África combate ha de ser un día el nervio y el alma del Ejército peninsular»⁴³. Así, en la perspectiva de Franco, la guerra en Marruecos era clave para la supervivencia del Estado español, al ser en aquellos hombres disciplinados, valerosos y fieles a los valores tradicionales de la patria en donde mejor se mantenía la esencia nacional, pervertida en la Península por políticos corruptos, fuerzas radicales y un sistema caduco. Estas mismas ideas se transmitieron desde 1924 a través del principal portavoz del africanismo militarista, la *Revista de Tropas Coloniales*, de la que el propio Franco fue director. En diversos escritos publicados entre 1924 y 1928 demostró su clara convicción de que el problema marroquí era un problema militar y por ello la paz solo podía conseguirse a través de las armas⁴⁴. Estas opiniones fueron en buena medida críticas

⁴¹ Vid. Macías, 2019, p. 323 y ss.

⁴² Sí se ha incidido en su preocupación por los problemas de salud que la actividad sexual podía suponer para sus hombres, y obligó a los cadetes de la academia militar de Zaragoza a llevar siempre un preservativo, sintiéndose orgulloso de la reducción de casos de gonorrea. Kemp, 1957, p. 115.

⁴³ Franco, 1976, p. 71.

⁴⁴ Vid. Velasco de Castro, 2013.

con el poder si éste no apostaba claramente por la guerra, como en los inicios de la dictadura de Primo de Rivera, cuando Franco afirmaba que:

Por más que queramos definir el protectorado marroquí, por mucho que ansiemos la paz de Marruecos, de hecho existe un problema militar que solucionar, una guerra en que vencer, y en ella, la inacción y la pasividad conducen irremisiblemente a ser vencidos⁴⁵.

Con la perspectiva de Marruecos como gran escuela del Ejército español, Franco no perdió en su diario la oportunidad para ensalzar el valor de sus hombres, siempre deseosos por entrar en combate: «Estamos cansados de la paz en la que vivimos»⁴⁶, y que no se amedrentaban ni ante la más difícil de las tareas, como demostraba lo sucedido ante la petición de voluntarios para una misión casi suicida, en la que «No termino la frase. Los soldados han dado todos un paso al frente»⁴⁷. Pero además de la valentía, que se podría esperar en un soldado enrolado voluntariamente en una unidad como esa, sus hombres demuestran también en la obra generosidad y desinterés:

Saben que van a morir; antes de marchar, algunos soldados hacen sus últimas recomendaciones; uno de ellos, Lorenzo Camps, había cobrado días antes la cuota y no había tenido ocasión de gastarla; hace entrega de las 250 pesetas al oficial, diciéndole: —Mi teniente, como vamos a una muerte segura, ¿quiere usted entregarle en mi nombre este dinero a la Cruz Roja?⁴⁸.

No tenemos motivos para dudar de la veracidad de este testimonio, que incluso aporta el nombre propio del protagonista, pero es evidente la parcialidad de una obra que, queriendo ser un diario de operaciones objetivo, se convierte en un panegírico en el que todo lo relatado es positivo. En varias historias sobre la Legión, como la de Carlos de Arce, se incluye dicha anécdota, pero al no incorporar información adicional parece bastante probable que su fuente haya sido el relato de Franco⁴⁹.

⁴⁵ Franco, Francisco, «Pasividad e inacción», en *Revista de Tropas Coloniales*, 4 (abril de 1924), p. 4.

⁴⁶ Franco, 1976, p. 62.

⁴⁷ Franco, 1976, p. 105.

⁴⁸ Franco, 1976, p. 12.

⁴⁹ Arce, 1984, p. 112.

Incluso las muertes son destacadas como algo grandioso, merecedor de reconocimiento y orgullo, muy en consonancia con el culto a la muerte que caracterizó siempre la Legión. Varios autores han destacado la frialdad con la que Franco da los partes de muertos y heridos, buscando en ella una demostración de la insensibilidad del militar, pero en nuestra opinión esto es un rasgo normal en las crónicas escritas por militares, especialmente por oficiales, que con frecuencia parecen por la forma de escribir estar dando un simple parte de operaciones, aunque sus escritos tengan pretensiones totalmente distintas. Incluso hay algún momento en el que Franco abandona ligeramente esa frialdad común a casi toda la obra: «En estos momentos cae con la cabeza atravesada mi fiel ayudante; el plomo enemigo le había herido mortalmente; desde la guerrilla dos soldados conducen su cuerpo inanimado, y con dolor veo separarse de mi lado para siempre al fiel y querido Barón de Misena»⁵⁰.

Las alusiones a la raza, a su valor y grandeza, son también una paradójica constante en las páginas de *Diario de una bandera*, prefigurando otro aspecto que desde poco después será parte indisoluble del fascismo español; y decimos paradójica porque la unidad que él mandaba era precisamente del Tercio de Extranjeros. Es cierto que, a pesar de sus planteamientos, este cuerpo se nutrió básicamente de españoles, y los extranjeros en el mismo no llegaron a superar la quinta parte, pero no deja de llamar la atención que Franco señale: «Es ante el desfile de estos recios soldados cuando se sienten las grandezas de la raza»⁵¹, y poco después escriba elogiosamente sobre William Brown, un legionario negro de nacionalidad estadounidense del que destaca sus excelentes dotes como boxeador.

En cuanto a los marroquíes, Franco nos dejó en *Diario de una bandera* una perspectiva muy difusa, en absoluto positiva, alejada del paternalismo característico durante el franquismo y que hizo aconsejables las omisiones en las reediciones de la obra durante esa etapa. Sin embargo, hay que señalar que no todos los marroquíes aparecen como enemigos, y Franco ensalzó más de una vez a los Regulares de Ceuta que combatían a su lado. Por ejemplo, sobre su llegada a Melilla afirma: «el recibimiento es algo frío, la gente ignora el mérito de estos soldados que pelean por España; la mal llamada traición de los Regulares de Melilla hace que inspiren desconfianza; muy pronto prueban lo contrario»⁵². Y del mismo

⁵⁰ Franco, 1976, p. 150.

⁵¹ Franco, 1976, p. 48.

⁵² Franco, 1976, p. 101.

modo, se refiere con palabras muy elogiosas a Abdelqader, el «enemigo leal del año 9»⁵³, que en 1921 se mantuvo del lado de España y para muchos fue fundamental para que Abdelkrim no llegase a ocupar Melilla⁵⁴.

Respondiendo a la pregunta de un periodista acerca de si odiaba al enemigo, Franco afirmaba: «Al contrario, nadie admira más que yo a los rifeños, porque conozco su habilidad, su tesón, su energía militar y hasta sus ideales»⁵⁵. En efecto, el militar ferrolano nunca ocultó un cierto aprecio por el oponente, poco sorprendente en alguien que había sido un orgulloso oficial de Regulares. No obstante, Annual estaba muy cerca, y no trató de evitar descripciones sobre el horror provocado por el enemigo, que justificaba la violencia extrema que contra él se empleaba, así como la propia guerra. Después de haber estado en Monte Arruit, donde pudo comprobar de primera mano la dureza del desastre, escribió:

Renuncio a describir el horrendo cuadro que se presenta a nuestra vista. La mayoría de los cadáveres han sido profanados o bárbaramente mutilados. Los hermanos de la Doctrina Cristiana recogen en parihuelas los momificados y esqueléticos cuerpos, y en camiones son trasladados a la enorme fosa⁵⁶.

El ir comprobando los horrores del desastre de primera mano incrementó las ya elevadas ansias revanchistas, y Monte Arruit fue el punto culminante de las mismas, pues allí los equipos de higienización contabilizaron 2.618 cadáveres en seis días⁵⁷, muchos de ellos mutilados o en posturas que indicaban que habían sido torturados. Ante esta visión tan próxima y cruda del desastre, Franco no ocultó los deseos de venganza, aunque intentara velarlos bajo términos más honrosos como justicia y otros similares: «Nos alejamos de aquellos lugares, sintiendo en nuestros

⁵³ Franco, 1976, p. 104.

⁵⁴ *Vid.* por ejemplo al diputado Ramón Nogués en Pando, 2008, p. 212 o Cerezo Garrido, 1922, p. 350. Posteriormente se le rindieron múltiples homenajes y hoy conserva una calle en Melilla.

⁵⁵ González Alcantud, 2003, p. 151.

⁵⁶ Franco, 1976, p. 155. Quizá se refiere a los Hermanos de la Doctrina Cristiana que según el historiador Juan Pando y testimonios de la época habían pedido a un teniente médico ser fotografiados «en ademán de enterrar los muchos cadáveres que había», y que éste les había dejado además unas palas y una carretilla. Pando contrapuso esta actitud a la encomiable labor de los capuchinos. Pando, 2008 [1999], p. 305.

⁵⁷ Pando, 2008 [1999], p. 300.

corazones el anhelo de imponer a los criminales el castigo más ejemplar que hayan visto generaciones»⁵⁸. Incluso en algún momento Franco dejó caer las dificultades de los oficiales para contener ciertos impulsos de sus tropas: «Una ola de indignación pasa por nosotros. Que hagan alto los legionarios y que no entren en el poblado. ¡No vean tanta infamia y estropeen la política!»⁵⁹

Pero una cosa era un poblado con civiles desarmados, al que había que respetar, al menos en el papel, y otra muy diferente el frente de batalla, en el que no sólo abatir a los enemigos era importante para el esfuerzo de guerra, también resultaba un entretenimiento eficaz, en lo que supone una asombrosa banalización de la guerra, como demuestra el siguiente fragmento: «El día transcurre en el fuerte entre los gritos y hurras de los legionarios cada vez que «cazan» algún tirador enemigo; ¡es tan divertida la «caza» del paco!»⁶⁰. Con esto resulta evidente que el concepto «diversión» en la Legión era un tanto peculiar, como también lo era el de «hazaña», que podemos ver a continuación en una de las descripciones más explícitas contenidas en *Diario de una bandera*, y que no por casualidad se eliminó en las siguientes ediciones de la obra, que posteriormente analizaremos en detalle:

Pocos momentos después, llegan a la posición las otras unidades; el pequeño Charlot, cornetín de órdenes, trae una oreja de un moro. «Lo he matado yo», dice enseñándola a los compañeros. Al pasar el barranco vio un moro escondido entre las peñas y encarándole con la carabina, le subió al camino junto a las tropas; el moro le suplicaba: «¡Paisa no matar, paisa no matar!». «-No matar?, ¡eh!, marchar a sentar en esa piedra», y apuntándole descarga sobre él su carabina y le corta la oreja que sube como trofeo. No es ésta la primera hazaña del joven legionario.⁶¹

La última frase demuestra que no sólo se describe la acción del soldado, sino que además se reconoce su mérito y es ensalzada por el propio autor. Sorprende que con la sutileza demostrada por Franco en muchas partes de su relato, en otras sea tan explícito y poco delicado. Basta comparar el anterior párrafo con este otro:

⁵⁸ Franco, 1976, p. 156.

⁵⁹ Franco, 1976, p. 194.

⁶⁰ «Paco» era una denominación popular entre los soldados españoles para los franco-tiradores enemigos, derivado del sonido del fusil Remington de 11 mm (una especie de *pacumm*). La frase citada es de Franco, 1976, p. 172.

⁶¹ Franco, 1922, p. 177.

En el camino encontramos varios moros muertos. Una joven y bonita mora yace tendida en tierra. Sus vestiduras blancas tiñen sobre el corazón una enorme mancha roja; su frente todavía conserva calor. ¡Pobre niña muerta, víctima de la guerra! Los legionarios la miran con amoroso respeto; entran en Monte Arbós y persiguen al enemigo que huye por el llano⁶².

Pese a las referencias señaladas, la presencia del enemigo en la obra es escasa, como la de la población civil marroquí. Franco emplea la mayor parte de las veces un término neutro como «enemigo», aunque también usa con cierta frecuencia la palabra «moro» y una larga serie de términos despectivos, pero éstos tienen una reiteración mucho menor que en otras obras de la época, quizá por el deseo de Franco de lograr un buen efecto literario, y por ello emplea un vocabulario que muchas veces es radicalmente opuesto al habitual en la literatura legionaria.

En relación con esto último, hay un romanticismo tan forzado en *Diario de una bandera* que resulta anacrónico, y evoca al famoso *Diario de un testigo de la Guerra de África*⁶³, de Pedro Antonio de Alarcón, aunque la diferencia en la calidad literaria de ambas obras es abismal. Este trabajo, que recogía las vivencias de su autor en la guerra de Marruecos de 1859-1860, era bien conocido por Franco, que se refirió a él directamente, y probablemente intentó imitarlo en *Diario de una Bandera* desde el mismo título, con poco éxito.

Dionisio Viscarri ha visto numerosas coincidencias, aunque por supuesto matizadas, entre ambos diarios: una actitud imperialista con ideal civilizador, constantes descripciones bélicas, la conciencia de estar participando en una misión histórica, un discurso uniforme, datos precisos, lenguaje altisonante, enaltecimiento de la vida militar, reconocimiento de los sacrificios y preocupación por evitar pérdidas inútiles, respeto por la jerarquía militar, dudoso respeto hacia el marroquí, desprecio por el judío y proyección de identidad católica, intento engañoso de quitar peso a la participación del autor, secuencia cronológica lineal en episodios, pretenciosa objetividad, postura crítica y política templada, representación romántica de la guerra o subordinación del artificio a lo ideológico⁶⁴. Tan dilatada lista de semejanzas, con las que en general estamos muy de

⁶² Franco, 1976, p. 130.

⁶³ Alarcón, 1860.

⁶⁴ Viscarri, 2004, p. 123.

acuerdo, no supone que las obras sean comparables, y la mayor parte de esos aspectos resultan comunes a un notable número de obras de autores españoles sobre los conflictos marroquíes contemporáneos, por lo que no resultan tan inusuales, pero la mención de dichas analogías nos ofrece una interesante información sobre formas e ideas que se mantienen con más de medio siglo de diferencia pese a los profundos cambios acontecidos desde entonces.

Finalmente, y antes de comenzar con el análisis de las reediciones de la obra y las diferencias existentes entre ellas, nos gustaría referirnos a los problemas que condicionan cualquier estudio de *Diario de una Bandera* relacionados con la trayectoria posterior de su autor. Si la carrera de Franco se hubiese ceñido exclusivamente al ámbito militar es muy probable que fuese recordado sobre todo como un destacado oficial colonial, y que el libro que nos ocupa, además de ser interpretado de forma muy diferente, apenas hubiese tenido alcance, quedando como una más de la extensa lista de crónicas hechas por militares sobre sus vivencias en Marruecos. No obstante, no es necesario analizar la obra desde la perspectiva exclusiva de lo que era Franco en 1922, pues lo que más interesa es precisamente cómo las vivencias de aquel entonces repercutieron en el futuro de una figura que tanto marcó la posterior historia española.

Las reediciones de *Diario de una Bandera*

Como ya hemos señalado, la primera edición de *Diario de una Bandera* no tuvo una gran tirada ni una destacada difusión, pero posteriormente por la importancia que adquirió su autor cobró renovada actualidad y fue reeditada hasta en cuatro ocasiones. Uno de los elementos más interesantes de estas reediciones es la eliminación de fragmentos e introducción de cambios que nos ofrecen información sobre la memoria de la guerra del Rif en la España Franquista, y sobre la propaganda de un régimen interesado en ensalzar al máximo la figura de su líder. Las fechas de estas reediciones son 1939, 1956, 1976 y 1986. Las dos últimas son un calco de la de 1956 y carecen del interés propagandístico de las dos primeras, en las que centraremos nuestro estudio.

La primera reedición data de enero de 1939, en plena Guerra Civil, impresa en Sevilla y Huelva por la Editorial Católica Española. Se publicó como el primer número de una colección titulada «La Novela del Sábado —Genio y Hombres de España—». La publicación en el contexto

bélico responde al deseo por reforzar a un *Caudillo* que podía ser mostrado al mismo tiempo como «soldado, escritor y salvador de la patria, un hombre completo física, mental y espiritualmente»⁶⁵. Para ello, nada como una obra de su propia mano, que además prefiguraba muchos valores e ideas fundamentales en la consolidación de un franquismo preparado para instaurar su política en todo el país.

La edición de 1922 era muy difícil de encontrar desde hacía años, y la censura franquista trató de hacerse con las copias en circulación, por contener algunos elementos considerados comprometidos y que se modificaron en la nueva publicación. Esto supone una interesante manipulación de la memoria, pues nunca se aludió a cambios y a los lectores se ofreció la obra para que creyesen que así la había concebido Franco en 1922. La manipulación fue bastante sutil comparada con la práctica habitual de los censores de la dictadura, y los cambios se limitaron fundamentalmente a la omisión de algunas líneas, pero ello no resta interés a un esfuerzo que mostraba el cuidado en controlar cada palabra de lo que se permitía leer a los ciudadanos.

La obra va precedida por el mismo prólogo de Millán Astray de 1922, pero antes de éste se inserta una entradilla que presenta la colección y que, como era de esperar, resulta enormemente laudatoria con Franco, como demuestran los fragmentos siguientes:

Marruecos. *Diario de una bandera* es la obra de juventud de un hombre egregio, de un gran soldado, que en la edad de los tentadores arrebatos, tras el combate de fortuna, se retira pensativo a su tienda de campaña, para escribir la crónica del esfuerzo realizado y para cultivar su pensamiento, que más adelante tendrá que acudir en salvamento de la patria⁶⁶.

[Franco] acomete en vanguardia una «reconquista», que es la antecedente de la que, partiendo del propio Marruecos, vendría a realizar luego del territorio y de la historia de España⁶⁷.

Documentos conmovedores han de ser para todos los hombres, estos capítulos que escribió en su fuerte y gloriosa mocedad este comandante español de altos destinos. En su estilo sobrio, en sus conceptos analíticos, en su inalterable objetividad y, en lo que es más impresionante, en la sistemática complacencia que revela al hablar de todo y de todos, me-

⁶⁵ Las palabras son de Viscarri, 2004, p. 77.

⁶⁶ Franco: 1939, p. 3.

⁶⁷ Franco, 1939, p. 4.

nos del protagonista, que es él mismo, enciérrese la clave de la solidez y de la fortaleza de un gran carácter. Que ya conmovió a España, con sus hechos militares, por aquellos días de las campañas de África. Después, habría de conmover al mundo, con sus hechos militares y civiles, en estos días de su acción, resuelta en España y en Europa⁶⁸.

En cabeza de nuestra devoción, de nuestros ideales y de nuestras tareas, siempre estará Franco, Franco, Franco⁶⁹.

Los extractos son muy reveladores de la virtuosa imagen de Franco que se quería mostrar. Se resalta con insistencia su carácter de soldado ejemplar, siempre victorioso y de una gran fortaleza; pero a su vez se significa el que sea un escritor, su carácter reflexivo y que «cultive su pensamiento», por lo que se combina su faceta militar con trazas de intelectual. Todo ello unido a un papel casi trascendente de salvador de la Patria, elemento reiterado en el culto a la personalidad de que fue objeto mientras estuvo en el poder. De hecho, la fórmula final del «Franco, Franco, Franco», que recuerda la eufonía del católico «Sanctus, sanctus, sanctus»⁷⁰, es parte de esta especie de divinización del dictador que incluyó sus famosas entradas bajo palio en las iglesias. También se plantea una interesante analogía entre la guerra del Rif y la Guerra Civil, empleando un término con tanto simbolismo como «Reconquista», que fue usado hasta la saciedad por la propaganda sublevada en la Guerra Civil, pero que asimismo había sido empleado con fruición desde 1921 para referirse a la recuperación de los territorios perdidos en el Desastre. Como ha señalado Sebastian Balfour, es comprensible que la larga guerra del Rif se convirtiese en el conflicto más importante en la memoria del franquismo por su importancia en el apuntalamiento mitológico e ideológico del régimen⁷¹.

La obra está acompañada de ilustraciones en blanco y negro que combinan épica e idealismo, recordando a la estética fascista de la época, con personajes que transmiten fuerza y virilidad, idealizando diversas escenas del Ejército español en Marruecos, desde combates o defensas de posiciones a tranquilos momentos de la vida en el campamento. También destaca en estas imágenes un cierto respeto por el *moro*, en consonancia

⁶⁸ Franco, 1939, p. 4.

⁶⁹ Franco, 1939, p. 4.

⁷⁰ Vázquez Montalbán, M.: «De Franquito a Franco, Franco, Franco», en *El País Semanal* (29-XI-1992).

⁷¹ Balfour, 2002, p. 15.

con la eliminación del texto de los fragmentos que podrían resultar más ofensivos. Esto está claramente en relación con la ayuda prestada por los marroquíes en la Guerra Civil, combatiendo a millares al lado de los sublevados⁷² y jugando un papel decisivo en su victoria⁷³. Por tal motivo se generó un notable discurso promarroquí, moderando la centenaria consideración peyorativa del *moro*, y con un inusual paternalismo e incluso hermanamiento. Diversos autores trabajaron en la construcción de esta figura más positiva y la lucha contra los estereotipos negativos, con exponentes tan interesantes como Miguel Asín Palacios, arabista, sacerdote y catedrático de la Universidad de Madrid, que en su texto de 1940 *Por qué lucharon a nuestro lado los musulmanes marroquíes* trataba de explicar un apoyo que podía parecer ilógico⁷⁴. Pese a considerar aspectos como el buen trato que les daban los españoles en el Protectorado o motivos de afinidad racial o cultural, Asín Palacios concluía que la clave eran los vínculos religiosos, entendiendo el conflicto como una guerra contra los hombres sin fe, y haciendo un esfuerzo por ligar ambas religiones: «A la vista de tantas y tan estrechas coincidencias en el orden religioso, sin esfuerzo se comprende que los soldados marroquíes hayan visto en nuestra enconada lucha, algo semejante a una guerra santa»⁷⁵. Estas visiones tuvieron mucho peso durante la guerra y en la posguerra, y se promocionaron para modificar estereotipos negativos que seguían siendo generalizados. Además de diversos escritores⁷⁶, se reflejaron en representaciones como las cinematográficas o pictóricas⁷⁷.

Pronto veremos qué fue lo que se eliminó del *Diario de una Bandera* para reducir una sensación de desprecio y odio por el marroquí que había dejado de ser conveniente, pero como analizaremos en conjunto los cambios efectuados en las ediciones de 1939 y 1956, en su mayoría comunes,

⁷² Las cifras del total de movilizados oscilan desde unos 50.000 (Balfour, 2002, p. 511), 60.000 (Keene, 2001, p. 57) e incluso más de 70.000 (con otras fuentes, el dato lo señala también Balfour, 2002, p. 570).

⁷³ Para la importancia del protectorado de Marruecos en la Guerra Civil *Vid.* Nerín, 2005.

⁷⁴ Asín Palacios, 1940.

⁷⁵ Asín Palacios, 1940, p. 18.

⁷⁶ Destacan los trabajos de Tomás García Figueras (que fue muchos años delegado de Asuntos Indígenas, y un prolífico historiador). Compartía objetivos con Asín Palacios, pero sin presupuestos tan espirituales y con un enfoque mucho más militar. Marín, 1999, p. 89.

⁷⁷ Para el cine *Vid.* Elena, 2004; para la pintura, en la que destacaron los trabajos de Mariano Bertuchi *Vid.* Martín Corrales, 2002.

vamos a introducir brevemente esta segunda reedición, que no por casualidad coincidió con la independencia de Marruecos y el consiguiente fin del Protectorado español.

Vio la luz en un momento comprometido, en el que España tuvo que abandonar sus posesiones marroquíes de forma torpe y precipitada, mucho antes de lo esperado. La situación internacional y la actitud de países como Francia o Estados Unidos fue fundamental en la decisión. En este contexto, rememorar las heroicidades de Franco y sus tropas en tierras marroquíes servía para recordar su valor para la regeneración de la patria, ensalzar al *Caudillo* y justificar la pérdida de ese territorio como algo inevitable y comprensible, sin importar la contradicción con el discurso que se había empleado con insistencia en la década anterior. Además de algunas variaciones en el contenido, que al igual que en 1939 no son muy numerosas, destaca por el interesantísimo prólogo de Manuel Aznar, uno de los periodistas y escritores favoritos del Régimen, que sustituyó al de la edición publicada en Sevilla, aunque manteniendo las palabras de Millán Astray y la dedicatoria a los muertos de la Legión. Este prólogo es, como cabía esperar, extremadamente laudatorio con Franco, cuya figura se ensalza todo lo posible, incluso reiterando las referencias a la humildad que siempre habían estado presentes al inicio de la obra con el prólogo de Millán Astray: «No redacta el DIARIO para alabarse diciendo maravillas de su mando, sino para mostrar, con inmarcesible ejemplo, cómo han de ser las fuerzas espirituales que salvarán a España»⁷⁸.

Pero lo verdaderamente interesante del prólogo es el esfuerzo por justificar la independencia de Marruecos sin comprometer al régimen. Se insiste en ideas como «Éramos los hidalgos protectores de la minoría de edad política de un pueblo»⁷⁹, o que España estaba allí cumpliendo un «mandato internacional». Con ello se trataba de transmitir que la situación presente era muy diferente a la de 1922, y que siempre se había pensado dejar Marruecos a su libre albedrío cuando estuviese preparado (aunque luego en la obra no son pocas las partes bastante contradictorias con esta idea).

La discordancia es manifiesta si comparamos estas palabras de Aznar en el prólogo que nos ocupa:

⁷⁸ Prólogo de Manuel Aznar «Evocaciones y recuerdos (1956)», en Franco, 1976, p. 12.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 19.

No podían engañarse sobre el porvenir de la acción de España en Marruecos. Aquella no era tierra nuestra; mandaban allí los españoles en nombre de una ajena soberanía, combatían y morían para que, andando el tiempo, pudiera el sultán de Rabat complacerse en el ejercicio pleno e indiscutido de su autoridad. Éramos los hidalgos protectores de la minoría de edad política en un pueblo⁸⁰.

Con estas otras, que Franco habría dicho a Primo de Rivera en el campamento legionario de Ben Tieb en 1924, cuando el entonces dictador planeaba una retirada de numerosas posiciones en Marruecos:

Este que pisamos, Señor Presidente, es terreno de España, porque ha sido adquirido por el más alto precio y pagado con la más cara moneda: la sangre española derramada... Rechazamos la idea de retroceder, porque estamos persuadidos de que España se halla en condiciones de dominar la zona que le corresponde y de imponer su autoridad en Marruecos⁸¹.

Nada parece indicar que Franco no estuviese entonces convencido de lo que decía, pero con los años su pensamiento evolucionó a un mayor paternalismo hacia Marruecos, que poco a poco también admitía una futura independencia. Sin embargo, en enero de 1956 Franco aún calculaba que a Marruecos le quedaban unos 25 años para estar preparado para la independencia⁸², por lo que no la veía inminente, y solo un par de meses después se le concedía. Con ello, el franquismo demostraba una vez más su pragmatismo, renunciando sin ambages a lo que en otro tiempo había sido una de sus señas de identidad, con tal de mantener la estabilidad de unas relaciones internacionales que le había costado mucho enderezar, y a pesar del rechazo de amplios sectores dentro del Ejército⁸³.

Por otra parte, la edición de 1956 prescindía de las épicas ilustraciones, tan del gusto falangista, de la de 1939, y éstas fueron sustituidas por fotografías. Con ellas se perdía en buena medida la imagen idealizada de los soldados, pero se aportaba realismo, pues la mayor credibilidad de la

⁸⁰ *Ibidem*, p. 19.

⁸¹ Tuñón De Lara, 2000 [1966], p. 162.

⁸² Franco Salgado-Araújo, 2005 [1976], p. 201.

⁸³ Franco entendía, e incluso compartía, ese rechazo, pero sabía que no había otra opción. El abandono de Marruecos coincidió, no por casualidad, con un aumento de los sueldos de los militares (Payne, 1968, p. 389).

fotografía ayudaría a los lectores a figurar lo que estaban leyendo de un modo menos imaginativo, y a concebir más como ciertos los hechos que aquellas páginas recogían.

El trabajo de la censura

Si nos centramos por fin en las principales modificaciones entre la obra de 1922 y las dos primeras reediciones, nos encontramos sobre todo con eliminaciones vinculadas a las partes que podían resultar más ofensivas para los marroquíes, más amigos que nunca por su participación en la Guerra Civil. Un buen ejemplo es el siguiente párrafo, que aparece en todas las ediciones, haciendo referencia a un morabo⁸⁴: «Paños bordados cubren el sepulcro del santón y una capa pluvial de la Iglesia de Nador adorna también la blanqueada sepultura. Del techo penden tornasoladas bolas de cristal de distintos colores: son los votos de los indígenas, en su devoción al santo». Mientras que en 1939 o 1956 se termina ahí el párrafo, en la edición original continuaba, con dos líneas que la nueva censura no consideró adecuadas: «Todo es recogido por los legionarios; desaparecen las galas y más tarde las esferas multicolores, se ven brillar pendientes de los cañones de nuestros fusiles⁸⁵. La frase era comprometida porque demostraba que los legionarios habían expoliado un lugar de culto musulmán, una grave afrenta; y porque la alusión a los pendientes brillando en los cañones de los fusiles remitía a la costumbre legionaria de cortar las orejas a los *moros* asesinados, para luego ensartarlas en las bayonetas⁸⁶. Dicha práctica podía no levantar tantos recelos con la masacre de 1921 todavía fresca, pero no era cómoda casi dos décadas después.

La realidad tras la referencia a los pendientes podía pasar desapercibida para muchos lectores, pero hay partes mucho más explícitas como la siguiente, ya aludida, y que sorprende si tenemos en cuenta el habitual reparo de Franco a hacer descripciones escabrosas. Ni una sola palabra de todo el párrafo sobrevivió en las ediciones de 1939 y 1956:

⁸⁴ Un morabo es una especie de ermita, situada en despoblado, en la que vive un morabito, figura musulmana similar al ermitaño cristiano.

⁸⁵ Franco, 1922, p. 158.

⁸⁶ Madariaga, 2005, pp. 298-299.

Pocos momentos después, llegan a la posición las otras unidades; el pequeño Charlot, cornetín de órdenes, trae una oreja de un moro. «Lo he matado yo», dice enseñándola a los compañeros. Al pasar el barranco vio un moro escondido entre las peñas y encarándole con la carabina, le subió al camino junto a las tropas; el moro le suplicaba: «¡Paisa no matar, paisa no matar!». «—No matar?, ¡eh!, marchar a sentar en esa piedra», y apuntándole descarga sobre el su carabina y le corta la oreja que sube como trofeo. No es ésta la primera hazaña del joven legionario⁸⁷

Y lo mismo pasa con este otro, desaparecido totalmente en 1939 y las ediciones siguientes, cuando ya no resultaba cómodo tachar de bárbaros a los habitantes del Protectorado:

Es inexplicable lo refractario de estas gentes a la civilización; estos poblados de Beni-Bu Ifrur, en contacto con nosotros más de veinte años, no han salido de su estado de barbarie; creían que España no volvería a avanzar y sin embargo destrozaban las cómodas viviendas y almacenaban sus maderas en los aduares miserables sin luz ni ventilación, en los que solo una puerta da luz al lógobre aposento⁸⁸.

La mayor parte de los fragmentos eliminados desaparecieron en la edición de 1939, pero algunos no fueron retirados hasta 1956. Por ejemplo, en las dos primeras ediciones aparece: «Del Gurugú bajan grandes refuerzos al enemigo, y este intenta varias veces reaccionar sobre nuestras líneas, pero se les ve caer y los vivos y ovaciones se repiten cada vez que es volteado algún rifeño»⁸⁹. Dicha frase está presente en la edición de 1956, pero eliminando el «cada vez que es volteado algún rifeño», por lo que se mantiene el sentido, pero la frase resulta menos ofensiva⁹⁰. También hay un caso aislado a la inversa, un fragmento eliminado en 1939 y que vuelve a aparecer en 1956. En la edición original se lee: «Desde este alto pico se baten los caminos a Kaddur y el Harcha, y el día transcurre en el fuerte entre los gritos y hurras de los legionarios, cada vez que cazan algún tirador enemigo; ¡Es tan divertida la «caza» del paco!»⁹¹. En la edición de 1939 se suprimieron las dos últimas frases, privando al lec-

⁸⁷ Franco, 1922, p. 177.

⁸⁸ Franco, 1922, p. 179.

⁸⁹ Franco, 1922, p. 149; 1939, p. 105.

⁹⁰ Franco, 1956, p. 113.

⁹¹ Franco, 1922, p. 225; 1956, p. 158.

tor de conocer el motivo de regocijo de los legionarios, mientras que en 1956 se rescató esta parte del original, algo que no sucede con casi ningún otro fragmento de los que se podrían considerar ofensivos para el pueblo marroquí, pero que demuestra que para la edición de 1956 se tuvieron en cuenta las dos anteriores. Otra interesante modificación entre las tres primeras ediciones evidencia que en 1922 Franco no veía motivo para poner demasiados reparos al peculiar sentido del humor legionario:

—¡Alto el fuego!, no tirar a esos que son moras! Ordena un capitán que con los gemelos observa el campo; los soldados cesan en su fuego y a un legionario viejo oímos murmurar: «¡pero son fábricas de moritos!» Reímos la ocurrencia y recordamos que en el desastre, las mujeres fueron las más crueles, remataban a los heridos y les despojaban de sus ropas, pagando de este modo el bienestar que la civilización les trajo⁹².

En 1939 tal chiste y posterior diatriba resultaban mucho más inoportunos, de modo que el mismo párrafo queda reducido a un escueto:

—¡Alto el fuego!, no tirar a esos que son moras! Ordena un capitán que con los gemelos observa el campo; los soldados cesan en su fuego.⁹³

Y en 1956, aunque el chiste seguía siendo poco procedente, se recuperó la referencia a la crueldad de las mujeres, si bien ahora suavizada porque ya no eran «las más crueles» y no se generalizó al sustituir «las mujeres» por «muchas mujeres»:

—¡Alto el fuego!, no tirar a esos que son moras! Ordena un capitán que con los gemelos observa el campo; los soldados cesan en su fuego. En el desastre, muchas mujeres fueron especialmente crueles, remataban a los heridos y les despojaban de sus ropas, pagando de este modo el bienestar que la civilización les trajo.⁹⁴

La última supresión destacada que nos gustaría señalar es la de un fragmento presente en las ediciones de 1922 y 1939, pero que fue retirado íntegro de la de 1956. Si bien no parece tan comprometedor como otros ya analizados, seguramente responde al deseo de las autoridades de man-

⁹² Franco, 1922, p. 228.

⁹³ Franco, 1939, p. 154.

⁹⁴ Franco, 1956, p. 159.

tener unas buenas relaciones diplomáticas con Marruecos, aunque parece difícil pensar que en la práctica esas líneas pudiesen suponer algún problema real: «Ni el protectorado civil, ni los cantos de paz, ni nuestros deseos de amor y de concordia han de dar resultado; y no olvidemos que la psicología musulmana se presta mucho a esas interminables labores políticas, tan costosas como desacreditadas»⁹⁵.

Finalmente, podemos aludir a modificaciones menores como la eliminación en 1956 de un «todo va quedando devastado», o el cambio de un «crueldad indígena» por «crueldad que se ensañó con los nuestros». En general, los cambios respondieron casi siempre al deseo de suavizar la obra, ya fuese para dar una mejor imagen de Franco o por una especie de cortesía para no ofender a los marroquíes. El contexto no era solo el del Protectorado *pacificado* y la «deuda» por la ayuda prestada en la Guerra Civil, sino también con posterioridad a la independencia por mantener unas buenas relaciones diplomáticas con Marruecos y con los países árabes en general, evidenciadas cuando estos países votaron mayoritariamente a favor de la incorporación de España a la ONU en 1955.

De la edición publicada por Doncel en 1976 poco podemos decir, pues mantiene íntegro el texto de la de dos décadas antes, incluyendo el prólogo de Manuel Aznar que resultaba un tanto obsoleto, y al ser un volumen más humilde se eliminaron las fotografías añadidas para 1956. Obviamente, la edición trató de aprovechar el tirón de la muerte del dictador acercando al público su principal obra.

Algo más de interés tiene la de 1986, publicada junto a otros textos de Franco de su época de oficial en Marruecos y con un nuevo prólogo, del teniente general Galera Paniagua. Este militar no realizó un panegírico como los anteriores, pero sí demostró una evidente admiración por el dictador, patente en afirmaciones como «De genial puede calificarse, también, la retirada y evacuación de Xauen»⁹⁶, un episodio controvertido y considerado por diversos autores como un cúmulo de despropósitos; en su alusión a la «exquisita sensibilidad» de Franco cuando lamenta las imprudencias, o su «Profundo conocimiento de la filosofía del bereber y de la orografía intrincada de su habitáculo»⁹⁷, entre otras muchas. Autores como Bartolomé Benassar señalaron que la edición de 1986 de *Diario de*

⁹⁵ Franco, 1922, p. 278; 1939, p. 188.

⁹⁶ Prólogo de Alfredo Galera Paniagua en Franco, 1986, p. 12.

⁹⁷ Galera Paniagua: «Prólogo», en Franco Bahamonde, F.: *Papeles de la Guerra de Marruecos*, Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1986, p. 12.

una bandera había sido expurgada⁹⁸, sin hacer referencia a que dicha censura se remontaba en su mayoría a 1939, y que era un calco a la obra de 1956. Además, la edición de 1986, bajo el título de *Papeles de la Guerra de Marruecos*, incluye textos como «La hora de Xauen» y «Diario de Alhucemas», en los que Franco relata sus experiencias en la sangrienta retirada de 1924 y el exitoso desembarco de 1927, respectivamente. También incluye algunos artículos del militar ferrolano publicados en la *Revista de Tropas Coloniales*.

Conclusiones

Diario de una Bandera resulta un acercamiento muy interesante a la figura de Franco en su faceta de oficial colonial. Es una obra que revela muchos aspectos de su pensamiento, casi siempre aplicados al protectorado español de Marruecos y a la guerra que allí se libraba, pero en la que también deja caer sus opiniones sobre la situación de la metrópoli y los problemas que en ella veía, por lo que su lectura nos permite entender elementos que iban a caracterizar su mentalidad cuando se convirtió en una figura clave en la historia de España desde 1936. La historiografía ha coincidido en otorgar una enorme relevancia a la experiencia marroquí en la trayectoria personal de Franco y en la configuración de su ideología. El contar con toda esta serie de testimonios de un momento relativamente temprano de su trayectoria nos permite analizar su pensamiento anterior a la influencia de las nuevas tendencias autoritarias de la Europa de entreguerras, que por entonces todavía estaban en una fase inicial.

Los cambios entre las distintas ediciones no son muy profundos, pero sí muy reveladores. No sabemos hasta qué punto Franco estuvo al tanto de las modificaciones, aunque parece probable que se le pidiese su visto bueno. En cualquier caso es un hecho que se censuró (o autocensuró) a la principal figura de la dictadura. No deja de ser una demostración más del pragmatismo del régimen y de cómo muchos de sus principios estaban a su servicio y no al revés, por lo que podían modificarse. La postura respecto a Marruecos y el cambio radical con su independencia supone uno de los mejores ejemplos de cómo, si las circunstancias lo aconsejaban, el franquismo podía renunciar de un día para otro a algo que parecía for-

⁹⁸ Bennassar, B.: *Franco*, EDAF, Madrid, 1996, p. 54.

mar parte de sus convicciones. En 1956 se abandonó el Protectorado porque, al hacerlo Francia, no quedaba mucha más opción, y de repente Marruecos dejó de ser ese gran amigo de España que en la Guerra Civil había contribuido de manera decisiva a la victoria de los sublevados. Esa contribución había sido, precisamente, la que había llevado a la mayoría de los cambios del *Diario de una bandera*, que se centraban en suavizar la imagen del enemigo y el trato de los españoles hacia él.

Por otra parte, la obra resulta muy interesante por lo que narra sobre las consecuencias del desastre de Annual, sobre la campaña posterior de recuperación del Rif oriental y sobre el funcionamiento del Ejército español en aquel territorio. No obstante, en estos aspectos no es ni rompedora ni especialmente detallada, por lo que está lejos de resultar un referente, y casi toda su relevancia deriva de la trayectoria posterior de su autor.

Bibliografía

- ALARCÓN, Pedro Antonio de, *Diario de un testigo de la Guerra de África*, Ediciones del Centro, Madrid, 1974 [1860].
- ARCE, Carlos de, *Historia de la Legión Española*, Mitre, Barcelona, 1984.
- ASÍN PALACIOS, Miguel, *Por qué lucharon a nuestro lado los musulmanes marroquíes*, Boletín de la Universidad Central, Madrid, 1940.
- BALFOUR, Sebastian, *Abrazo mortal: De la guerra colonial a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*, Península, Barcelona, 2002.
- BALFOUR, Sebastian, «El otro moro en la guerra colonial y la Guerra Civil», en GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio (Ed.), *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*, Anthropos, Barcelona, 2003.
- BALFOUR, Sebastian y La Porte, Pablo, «Spanish Military Cultures and the Moroccan Wars, 1909-36», *European History Quarterly*, vol. 30 (2000), pp. 307-332.
- BAREA, Arturo, *La forja de Un rebelde II. La Ruta* (versión digital de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes), 1951.
- CARDONA ESCANERO, Gabriel, *El problema militar en España*, Albor, Madrid, 2005.
- CARRASCAL, José María: *Franco, 25 años después*, Espasa, Madrid, 2000.
- CEREZO GARRIDO, Manuel, *El rescate de los prisioneros (Libro de la verdad)*, Editoriales Gráficas Postal Express, Melilla, 1922.
- CORDÓN, Antonio, *Trayectoria. Recuerdos de un artillero*, Colección Ebro, París, 1971.
- ELENA, Alberto, *Romancero marroquí: El cine africanista durante la Guerra Civil*, Filmoteca española, Madrid, 2004.

- Expediente Picasso*, Madrid, Ediciones Morata, 1931; Almena, Madrid, 2003 [1922].
- FRANCO BAHAMONDE, Francisco, *Diario de una Bandera*, Pueyo, Madrid, 1922; Editorial Católica Española, Sevilla, 1939; Afrodísio Aguado, Madrid, 1956; Doncel, Madrid, 1976.
- FRANCO BAHAMONDE, Francisco, *Papeles de la Guerra de Marruecos*, Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1986.
- FRANCO SALGADO-ARAÚJO, Francisco, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Planeta, Barcelona, 2005 [1976].
- GAJATE BAJO, María, *Las campañas de Marruecos y la opinión pública. El ejemplo de Salamanca y su prensa (1906-1927)*, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado-UNED, Madrid, 2012.
- GARCÍA FIGUERAS, Tomás, *Mística y poesía del Alzamiento nacional en Marruecos*, Jerez Industrial, Jerez, 1966.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio, «El enemigo lejano. Mística colonial y políticas de contacto cultural de los ejércitos de ocupación francés y español en Marruecos», en ID (Ed.): *Marroquíes en la guerra civil española. Campos equívocos*, Anthropos, Barcelona, 2003.
- IGLESIAS AMORÍN, Alfonso, «La cultura africanista en el Ejército español (1893-1975)», *Pasado y Memoria*. 15 (2016), pp. 99-122.
- JENSEN, Geoffrey, *Irrational Triumph: Cultural Despair, Military Nationalism and Ideological Origins of Franco's Spain*, 2001.
- KEENE, Judith, *Fighting for Franco. International Volunteers in Nationalist Spain during the Spanish Civil War, 1936-39*, Leicester University Press, Londres, 2001.
- KEMP, Peter, *Mine Were of Trouble*, Cassell, Londres, 1957.
- LA PORTE, Pablo, *La atracción del imán. El desastre de Annual y sus repercusiones en la política europea (1921-1923)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2001.
- LÓPEZ BARRANCO, Juan José, *El Rif en armas. La narrativa española sobre la guerra de Marruecos (1859-2005)*, Mare Nostrum, Madrid, 2006.
- MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel, *Franco «nació en África»: Los africanistas y las campañas de Marruecos*, Tecnos, Madrid, 2019.
- MACÍAS FERNÁNDEZ, Daniel, «Piojos, ratas y moscas: Marruecos y el soldado español», en *id.* (Ed.), *A cien años de Annual. La guerra de Marruecos*, Desperta Ferro, Madrid, 2021, pp. 329-381.
- MADARIAGA, María Rosa, *Los moros que trajo Franco. La intervención de tropas coloniales en la Guerra Civil Española*, Editorial Martínez Roca, Barcelona, 2002.
- MADARIAGA, María Rosa de, *En el Barranco del Lobo. Las guerras de Marruecos*, Alianza, Madrid, 2005.
- MARÍN, Manuela, «Los arabistas españoles en Marruecos: de Lafuente Alcántara a Millás Vallicrosa», en NOGUÉ, Joan; VILLANOVA, José Luis (Eds.): *España en Marruecos*, Milenio, Lleida, 1999.

- MARTÍN CORRALES, Eloy, «Un siglo de relaciones hispano-marroquíes en la pantalla (1896-1999)», VV. AA.: *Memorias del cine. Melilla, Ceuta y el Norte de Marruecos*, Servicio de Publicaciones de la Ciudad Autónoma de Melilla, Melilla, 1999.
- MARTÍN CORRALES, Eloy, *La imagen del magrebí en España. Una perspectiva histórica siglos XVI-XX*, Bellaterra, Barcelona, 2002.
- MARTÍN MÁRQUEZ, Susan, *Desorientaciones. El colonialismo español en África y la performance de identidad*, Bellaterra, Barcelona, 2011.
- MORADIELLOS, Enrique, *Franco. Anatomía de un dictador*, Turner, Madrid, 2018.
- MOSSE, George L., *Fallen Soldiers: Reshaping the Memory of the World Wars*, Oxford University Press, Oxford, 1991.
- NERÍN, Gustau: *La guerra que vino de África*, Crítica, Barcelona, 2005.
- ORTEGA Y GASSET, José, *España invertebrada*, Espasa-Calpe, Madrid, 1972 [1921].
- PANDO, Juan, *Historia secreta de Annual*, Altaya, Barcelona, 2008 [1999].
- PAYNE, Stanley G., *Los militares y la política en la España contemporánea*, Ruedo Ibérico, París, 1968.
- PRESTON, Paul, *Franco: Caudillo de España*, Debolsillo, Barcelona, 2004.
- PRIETO, Indalecio, *Con el Rey o contra el Rey. Guerra de Marruecos* (1.ª parte), Planeta, Barcelona, 1990.
- PRIETO, Indalecio, *Crónicas de guerra. Melilla 1921*, Algazara y UNED-Melilla, Málaga, 2001 [1921].
- PROUS I VILA, Josep María: *Cuatro gotas de sangre*, Barril Barral, Barcelona, 2011.
- TOGORES, Luis Eugenio, *Millán Astray: Legionario*, La esfera de los libros, Madrid, 2003.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel, *La España del siglo XX: La quiebra de una forma de Estado (1893-1931)*, Akal, Madrid, 2000 [1966].
- VELASCO DE CASTRO, Rocío: «De periodistas improvisados a golpistas consumados: el ideario militar africanista de la *Revista de Tropas Coloniales* (1924-1936)», *El Argonauta español* [En línea], 10 | 2013.
- VISCARRI, Dionisio, *Nacionalismo autoritario y orientalismo: La narrativa prefascista de la guerra de Marruecos (1921-1927)*, Il Capitello del Sole, Bolognia, 2004.

Datos del autor

Alfonso Iglesias Amorín. Doctor en Historia por la Universidade de Santiago de Compostela (2014) y Premio Extraordinario de doctorado (2017). Actualmente es coordinador del Máster en Historia Militar de la USC y editor de la *Revista Universitaria de Historia Militar*.

Ha realizado estancias de investigación en el Centre for War Studies del Trinity College Dublin y en la Universidade do Porto, ha participado en múltiples proyectos de investigación y es autor de diversas monografías y artículos en revistas científicas de impacto, destacando el libro *Marruecos, panteón del Imperio español (1859-1931)* (Marcial Pons, 2022). Sus principales líneas de trabajo son los conflictos coloniales, especialmente los del ejército español en Marruecos, la memoria y los nacionalismos.